

ESCUELA SABÁTICA | LOS TRES MENSAJES CÓSMICOS

LECCIÓN 12: EL SELLO DE DIOS Y LA MARCA DE LA BESTIA – PARTE II

En el comentario anterior descubrimos que el mensaje del tercer ángel se inicia con una advertencia a no recibir la marca de la bestia (Apocalipsis 14:9-11). Antes de comprender en qué consiste esta marca, es necesario que identifiquemos a la bestia. ¿Quién es este poder que presidirá el establecimiento de un nuevo orden mundial? La inspiración declara que “este símbolo... representa al papado” (*El conflicto de los siglos*, 434). En la profecía bíblica, una bestia representa a un reino (Daniel 7:23). Cuando una nación o sistema da la espalda a los principios del reino de Dios, se convierte en una bestia, y eso fue lo que precisamente sucedió con la iglesia romana. El vidente de Patmos en Apocalipsis 13:1-10 lista una serie de características que nos ayudarán a sustentar la identidad de este poder, notemos a continuación algunas de ellas:

(1) Sube del mar (Apocalipsis 13:1). En la jerga profética, las aguas representan “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” (Apocalipsis 17:15). Por lo tanto, el mar simboliza los lugares ampliamente poblados de Europa de los cuales surge esta bestia después de la caída del Imperio romano.

(2) El dragón le da su trono y autoridad (Apocalipsis 13:2). Según el libro de Apocalipsis, el dragón representa a “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás” (Apocalipsis 12:9), pero también es “un símbolo de la Roma pagana” (*El conflicto de los siglos*, 434). Así, esta bestia recibió su autoridad de Satanás y de Roma Imperial. En la sucesión profética de Daniel 7 y 8 podemos notar claramente como el papado, descrito bajo la figura de un cuerno pequeño, sube a la palestra profética después del colapso del Imperio romano. Según el historiador Arthur P. Stanley, “el papado no es más que el fantasma del difunto Imperio Romano, sentado sobre su tumba” (*Lectures on the History of the Eastern Church*, 197).

(3) Habla blasfemias (Apocalipsis 13:5). De acuerdo con el testimonio de las Escrituras, una blasfemia puede definirse como (a) Hacerse pasar por Dios (Juan 10:33) o (b) Adjudicarse la facultad de perdonar pecados (Marcos 2:7). Como poder eclesiástico, el papado se ha adjudicado ambas prerrogativas. Roma afirma que su cuerpo de sacerdotes tiene el poder de perdonar pecados y que el máximo jerarca de su organización religiosa ocupa el lugar de Dios en la tierra. Notemos a continuación las siguientes declaraciones, registradas en la literatura católica, que confirman esas arrogantes pretensiones:

“Busca donde quieras, por el cielo y la tierra, y sólo encontrarás un ser creado que puede perdonar al pecador, que puede liberarlo de las cadenas del infierno, ese ser extraordinario es el sacerdote, el sacerdote católico” (Michael Muller, *The Catholic Priest*, 78-79).

“El Papa es de una dignidad tan grande y exaltada que no es un simple hombre, sino como Dios, y el vicario de Dios” (Lucius Ferraris, *Prompta Bibliotheca*, “Papa”, Vol. 6, 26-29).

(4) Ejerce un período hegemónico de 42 meses (Apocalipsis 13:5). Si hacemos una comparación entre Deuteronomio 21:13 y Deuteronomio 34:8, llegaremos a la conclusión que un mes bíblico tiene 30 días. Esto implica que el período de 42 meses, donde “se le dio autoridad [a la bestia] para hacer todo lo que quisiera” (Apocalipsis 13:5, NTV), corresponde a 1.260 días (42 meses x 30 días = 1.260 días). Según el principio hermenéutico de día por año (Ezequiel 4:6; Números. 14:34), esos 1.260 días equivalen a 1.260 años. ¿Cuándo se inició y finalizó esta profecía de tiempo? La mensajera del Señor afirma que “este período... empezó con la supremacía del papado, en el año 538 d. C., y terminó en 1798”, cuando “el papa fue hecho prisionero por el ejército francés, el poder papal recibió su golpe mortal y quedó cumplida la predicción: ‘Si alguno lleva en cautiverio, al cautiverio irá’” (*El conflicto de los siglos*, 434). ¿Qué hizo Roma papal durante esa tiranía medieval? El apóstol Juan afirma que la bestia “abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo y de los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación” (Apocalipsis 13:6-7). Durante ese período de tiempo, Daniel nos dice que este poder también “pensará en cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25). Si “el carácter de Dios... está representado en su santa ley” (*Cristo triunfante*, 341) y el papado se adjudicó la prerrogativa de modificarla, esto significa que este poder presentaría al mundo un concepto falso del carácter de Dios. Y en efecto, esto fue así. Roma Papal ha presentado a la humanidad la imagen de un “dios” vengativo y distante, un “dios” que al encarnarse no tomó nuestra naturaleza caída, sino una naturaleza humana superior, un “dios” que usa la coerción para recibir pleitesía, un “dios” que depende de las obras y los méritos del pecador para salvarlo, un “dios” que nos condena desde que nacemos, un “dios” que no es amor.

No cabe duda de que Roma Papal está representada bajo el símbolo de esta bestia marítima, las características son tan claras y evidentes, que resulta imposible negar dicha asociación. Ahora, ¿cuál es la marca autoritativa de este poder? La Biblia es clara al presentar el sábado como el sello escatológico, una señal que conmemora el poder creador (Éxodo 31:17) y redentor de Cristo (Éxodo 31:17). Si la marca de la bestia es la antítesis del sello de Dios, esto implica que esta señal despótica debe estar relacionada con la instauración de un falso día de adoración. De hecho, la misma “Iglesia católica afirma que el cambio [del sábado al domingo] fue... una marca de su poder eclesiástico y autoridad en asuntos religiosos” (*American Catholic Quarterly Review*, Enero de 1883). Elena de White sustenta esta verdad, al declarar que “la señal o sello de Dios se revela en la observancia del séptimo día, monumento recordativo de la creación por el Señor”; por ende “la marca de la bestia es lo opuesto a esto; la observancia del primer día de la semana” (8 *Testimonios para la iglesia*, 128). En este contexto es importante recordar que “la observancia del domingo no es aún la marca de la bestia, y no lo será sino hasta que se promulgue el decreto que obligue a los hombres a santificar este falso día de reposo” (7 *Comentario bíblico adventista*, 988). Esta legislación cuyo alcance irá de lo nacional a lo global, sucederá “cuando los Estados Unidos hagan obligatoria la observancia del domingo, que Roma declara ser el signo característico de su supremacía” (*El conflicto de los siglos*, 565).

Después de dar un vistazo a la identidad, obra y marca de este poder monolítico, es necesario que hablemos sobre la esencia de este sistema. Creo que has podido percibir que el papado es la expresión corporativa e histórica más grande del principio del “yo”. Prueba de esta repulsiva realidad, es que todo gira alrededor de ellos como corporación, tanto es así, que si algo o alguien desafía esa diabólica autocracia no dudarán en emplear toda su fuerza para extirpalo, aunque se trate de Dios mismo. Con mucha razón, Pablo escribió que este poder “se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4).

Es un hecho notorio que la bestia es un poder antagónico a Cristo en todo sentido. Mientras la bestia busca su propia gloria, Cristo busca la gloria del Padre. Mientras la bestia emplea la coerción y el miedo para que los moradores de la tierra le adoren, Cristo utiliza el amor para atraer al pecador al pie de la cruz. Mientras la bestia se ensalza a sí misma y se alinea con el poder estatal para deificarse, Cristo nunca “estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo” (Filipenses 2:6-7). Mientras la bestia ofrece un sistema de salvación basado en la auto confianza y el mérito humano, Cristo instituye desde la eternidad un pacto de gracia donde su justicia es exaltada y el orgullo del hombre es abatido. Mientras la bestia insta al mundo a confiar en la palabra del hombre, Cristo nos insta a confiar y vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios.

¿Será posible que todo el mundo se rinda ante el totalitarismo de la bestia? ¡No! ¡Dios sostendrá a un remanente! La Biblia nos dice que sólo aquellos que reciben el sello de Dios mediante la fe de Cristo, podrán permanecer incólumes ante la dictadura de este gobierno tiránico, que suprimirá todo derecho y libertad para satisfacer su ego. A diferencia de la bestia, Dios “no utiliza medidas coercitivas” para colocar su sello, “el agente que [Él] emplea para expulsar el pecado del corazón es el amor. Mediante él, convierte el orgullo en humildad, y la enemistad y la incredulidad, en amor y fe” (*El discurso maestro de Jesucristo*, 66). De hecho, las Escrituras enlazan el sello con el principio del amor (Cantares 8:6 y 8), el cual por definición es libre. Es por esa razón, que el sello de Dios exalta la libertad de conciencia mientras que la marca de la bestia anula ese derecho tan sagrado y fundamental.

Seguramente te estarás preguntando: ¿qué debo hacer hoy para recibir ese sello? La mensajera del Señor afirma que “los que desconfían de sí mismos, se humillan delante de Dios y purifican sus almas obedeciendo a la verdad, son los que reciben el molde celestial y se preparan para tener el sello de Dios en sus frentes” (*5 Testimonios para la Iglesia*, 200). Así, el único camino para recibir ese sello es dejar a un lado tu confianza propia y fijar “los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2). Por cierto, esa es la sustancia misma del sábado, recordarnos que nuestra salvación no depende de los frágiles e inútiles esfuerzos humanos, sino de la poderosa obra de Cristo realizada por nosotros y en nosotros. Solamente él puede perfeccionar tu carácter y darte la fidelidad que necesitas para enfrentar la prueba. Es lamentable decirlo, pero es posible guardar de forma ritual el sábado y pasar por alto el reposo espiritual que Dios

nos ha prometido y quiere darnos. Si seguimos empeñados en alcanzar la salvación mediante nuestros propios méritos, en vez de confiar totalmente en los méritos de Cristo, nos convertiremos en seguros candidatos a recibir la marca de la bestia, aunque ahora nos jactemos de “observar” el sábado. Recordemos que el sellamiento es la obra final de Dios en la vida de su pueblo, la impresión misma del carácter divino en el creyente. El sábado es la señal visible de que esa obra ha sido consumada. “El sello del Dios vivo será puesto únicamente sobre los que tienen en su carácter la semejanza de Cristo. Así como la cera recibe la impresión del sello, así también el alma debe recibir la impresión del Espíritu de Dios y conservar la imagen de Cristo. Muchos no recibirán el sello de Dios porque no guardan sus mandamientos, es decir, no producen frutos de justicia” (*Dios nos cuida*, 362). La verdadera observancia del sábado es el resultado de abrazar las promesas transformadoras del pacto eterno. Guardar el sábado no es solamente un mero descanso físico o laboral como generalmente pensamos, sino un reposo del pecado a través de la contemplación y la recepción del poder que emana de la cruz de Cristo. El sábado da testimonio que Dios puede re-crearnos y sellar su propia imagen en nuestro carácter.

Al final de los tiempos el mundo quedará polarizado en dos bandos: **(1)** Los que confían en el poder humano para salvarse y por ende reciben la marca de la bestia y **(2)** Los que confían plenamente en Cristo y reciben el sello del sábado. En otras palabras: habrá una confrontación entre las únicas dos religiones que existen: **(1)** La religión falsa del antiguo pacto que presenta al domingo como la marca distintiva de la egolatría papal, y la salvación por obras y **(2)** La religión verdadera del nuevo pacto que presenta al sábado como señal del poder creativo y redentor de Cristo. Con respecto a esta disyuntiva, que habrá de notarse más claramente en el umbral del tiempo del fin, y su respectiva relación con el plan de la salvación, la inspiración declara lo siguiente:

“Caín y Abel representan dos clases de personas que existirán en el mundo hasta el fin del tiempo. Una clase se acoge al sacrificio indicado; la otra se aventura a depender de sus propios méritos; el sacrificio de estos no posee la virtud de la intervención divina y, por lo tanto, no puede llevar al hombre al favor de Dios. Únicamente por los méritos de Jesús son perdonadas nuestras transgresiones. Los que creen que no necesitan la sangre de Cristo, y que pueden obtener el favor de Dios por sus propias obras sin que medie la divina gracia, están cometiendo el mismo error que Caín. Si no aceptan la sangre purificadora, están bajo condenación. No hay otro medio por el cual puedan ser librados del dominio del pecado. La clase de adoradores que sigue el ejemplo de Caín abarca la mayor parte del mundo, pues casi todas las religiones falsas se basan en el mismo principio, a saber, que el hombre puede depender de sus propios esfuerzos para salvarse. Afirman algunos que la humanidad no necesita redención, sino desarrollo, y que ella puede refinarse, elevarse y regenerarse por sí misma. Como Caín pensó lograr el favor divino mediante una ofrenda que carecía de la sangre del sacrificio, así obran los que esperan elevar a la humanidad a la altura del ideal divino sin valerse del sacrificio expiatorio. La historia de Caín demuestra cuál será el resultado de esta teoría. Demuestra qué será el hombre sin Cristo. La humanidad no tiene poder para regenerarse a sí misma. No tiende a subir hacia lo divino, sino a descender hacia lo satánico. Cristo es nuestra

única esperanza. “En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).” (Patriarcas y profetas, 53)

Oh mi querido hermano, cuánto deseo ser parte de aquellos que como Abel se acogen al sacrificio de Cristo y depositan todas sus esperanzas en el poder de la gracia. ¿Es tu anhelo también? Que nuestra constante y sincera oración sea: “Señor, ayúdame a abrazar por la fe todas tus promesas y centrar por completo mi esperanza en ti; quita de mí esa necia ansiedad por confiar en mis esfuerzos, ayúdame a dirigir mi mirada al cielo y seguir ‘al Cordero por dondequiera que va’ (Apocalipsis 14:4). Transfórmame, dame el carácter de Cristo, completa tu obra en mí y séllame. Úsame como un humilde instrumento para vindicar tu nombre ante el universo y mostrar que, en medio de una generación perversa y maligna, tú puedes convertir a tu iglesia en un teatro del poder de tu amor”

Autor: Óscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=786342746266915&set=a.590705622497296>